

Aquella noche de candombes y jazmines

FERNANDO EMMERICH*

Al doblar una esquina, para llegar desde Acevedo Díaz a Lavalleja con el bulevar Artigas, donde aguardaríamos el ómnibus, respiramos la embriagadora fragancia de una mata de jazmines. Era una vistosa maraña cuyas flores blanqueaban superando la oscuridad, reclinada sobre un muro, en el jardín de una casa de aspecto envejecidamente señorial. El ómnibus vendría desde Dieciocho, entrando por Lavalleja: el doctor Castillo y sus músicos paraban en el hotel Plaza.

Esa noche sería para mí diferente a las noches anteriores. Había comenzado igual, sin embargo: después de comprar morfina en una farmacia del centro con una receta del doctor Ferreira, tuve que ir a esperar a la parada del ómnibus, en Mercedes y Eduardo Acevedo, a la melindrosa y madura enfermera nocturna, que venía del Prado y nos había puesto como condición que la fuéramos a buscar todas las noches, porque le daba miedo andar sola por aquellas calles atemorizadamente oscurecidas por sus árboles, tan frondosos. Pero esa vez no di después mi acostumbrada vuelta por el centro y tampoco me tomé mi habitual cerveza en un cafetín de Agraciada, cuyo mozo ya me conocía, me preguntaba cómo va, mientras me llegaban desde distintos puntos de la ciudad, surgiendo con la noche, las llamadas de los tamboriles (también me conocían ya en todas las farmacias

*FERNANDO EMMERICH: Escritor. Autor de novelas y relatos especialmente en el género policial.

del centro de Montevideo, donde fui dejando los azules billetes de mil pesos que Ricardo me pasaba cada dos o tres días: “tal como sostienen los filósofos, con la guita no se compra la felicidad, pero te permite afrontar mejor la vida; ¿te imaginás que para completar esta desgracia nos hubiera encontrado sin un vintén en los bolsillos y no le hubiéramos podido comprar a la vieja la morfina para calmarle sus dolores?”).

Entre tanto el carnaval había llegado, respondiendo a las llamadas de los tamboriles y a la disposición del calendario. Llegó trayendo buen tiempo, pues no había llovido desde aquel día cuando, dándome un asueto, estuve con el Beto en Punta del Este, y cuando volví, mientras al atardecer nos acercábamos entre los arenales blanquísimos y los verdes pinares a Montevideo, vi a través de la ventanilla del ómnibus los ramajes desgajados y los troncos derribados de raíz por la furiosa tormenta que había sobrevenido allí mientras con el Beto y Susana y Graciela tomábamos el sol en la Playa Mansa.

Pero después de aquella tempestad, y despejada eléctricamente la pesadez del aire, había dejado de hacer tanto calor como el de la noche anterior a mi viaje a Punta del Este, una de aquellas noches calientes, húmedas y pegajosas en que toda la cerveza que podás aguantar no calmará tu sed, cuando me junté debajo de la estatua de Artigas, entre las treinta y tres palmeras, con la mulata del Bajo, que una tarde me había detenido con una mirada junto a la ventana de un bar de la calle Ituzaingó (yo iba pasando hacia la dársena; ella me diría después: “estaba esperándote, que algún día pasaras”), asomada sobre un alféizar como en un escaparate, y cambiamos algunas frases y entré luego al bar y, sentándome a su lado, nos tomamos unas copas de ginebra y le compré, galante, un ramito de jazmines del Cabo que una vieja ofrecía con una fe conmovedora en un canasto entre las mesas del bar, ocupadas por marineros y prostitutas y malevos, y habiéndonos puesto de acuerdo la mulata me condujo después a una pieza en la trastienda, y se acostó, gloriosamente desnuda, en la cama, mirándome como con todo su cuerpo. La visité dos o tres veces más. Una tarde le pregunté si salía, si no iba de cuando en cuando a la playa, y sí, me dijo, ¿a dónde?, a Pocitos, ¿y vos no irías conmigo?, le dije, ¿a Pocitos?, me dijo, y bueno, a Pocitos, o al cine, o podría ser a tomarnos una copa en el centro, ¿pero te darán permiso?, le pregunté, no tengo dueño, dijo, ¿y vos te animás a salir con una parda de mal vivir como yo?, yo también tengo mal vivir, le señalé, pues estoy contigo aquí, portándome mal; no, repuso ella, te portás divino, y bueno, acordamos

juntarnos en el centro al día siguiente, de tardecita, ella llegó puntualmente, muy compuesta, pero, temiendo que los irónicos amigos de Ricardo me vieran con esa sensacional morena de dudosa procedencia, la saqué de Dieciocho y nos metimos en un bar de la calle Cuareim, y fue cayendo la noche, reduciendo el mundo al ámbito de la luz artificial, y charlábamos tomando cerveza cuando de pronto el recinto se fue llenando de mariposas, unas mariposas anaranjadas, entraron por centenares, y se posaron en el mostrador, en las mesas, en los respaldos de los asientos, en las lámparas, en las botellas, en los vasos, en la calva del mozo, y sobre nosotros, en la cabeza, en las orejas, y continuamos charlando todos enmariposados, riéndonos de nosotros mismos, de nuestras fachas adornadas de mariposas, ella sacándose cuidadosamente una mariposa enredada en su pelo muy negro y tupido, yo quitándome una que se me había posado en la nariz, procurando en vano espantarlas, parecían atontadas por el calor, como nosotros, y era como si, habiendo florecido la ciudad, la brisa soplara miles de pétalos naranjas...

Detuvimos a señas y gritos el ómnibus que casi pasa de largo y debió retroceder media cuadra. Subimos. Ricardo habría querido sin duda sentarse junto al doctor Castillo, pero naturalmente junto al doctor venía sentado ya otro tipo conversándole. Cuando llegamos al estadio del Central, primera etapa de la gira, y nos bajamos del ómnibus, que se había metido en la cancha, vimos un espectáculo que Ricardo me señaló maravillado, dándome con el codo:

–Pero mirá cómo bajan un piano, che.

Dentro del ómnibus llevaban un piano. Por ir sentados adelante, nosotros no habíamos reparado en él. Como piano en realidad era petisito. Su pequeñez resultaba visiblemente ventajosa: se dejaba cargar y trasladar a pulso sin demasiada dificultad. El ómnibus tenía por uno de sus costados una puerta lo bastante ancha como para dejar pasar aquel pianito portátil, que varios hombres cargaron para colocarlo, alzándolo cuidadosamente y con cierto esfuerzo, en el tablado que había sido levantado justo en el círculo central. Se nos había reunido Yamandú Cabrera, y Ricardo le comentó, sonriendo:

–Che, quién diría, cuando jugábamos en la rambla de las Naciones Unidas con los demás botijas del barrio, que algún día pisaríamos la gramilla de la cancha del Central.

Miré las graderías: estaban repletas de público, como si el Central jugara esa noche contra el Peñarol. Alberto Castillo, arriba, sobre nuestras cabezas,

en el tablado, frente al micrófono, fue presentado pomposamente por un anunciador: “su fama es tan grande, que para presentarlo basta decir su nombre”, pronunciadas estas frases como si se dijeran por primera vez en la historia de la humanidad. Castillo manifestó que una vez más, como había sucedido en los últimos años, y esperaba que sucediera en los venideros, cumplía su cita con el pueblo montevideano: jamás había dejado de venir en todo este tiempo a celebrar con sus hermanos uruguayos el carnaval, esa fiesta que calaba tan hondo en el alma popular de las barriadas rioplatenses. Luego, con su voz nasal, aguda, de ñato, como si estuviera resfriado, esa voz entre juvenil y avejentada, que alargaba enfáticamente algunas vocales, elevándose a veces casi hasta el grito, bajando a veces casi hasta el susurro, cantó tangos y milongas y, sobre todo, candombes. Los tamborileros eran uruguayos –habían sido contratados por Yamandú Cabrera– y naturalmente se lucían en lo suyo, en los candombes. Al presentar a sus músicos, que acababan de apoyar su voz coreando “Garufa” (“tenés más pretensiones que bataclana... sos capaz de bailarte la Marsellesa... tu vieja dice que sos un bandido...”), nombrándolos uno por uno, especificando que los tamborileros eran de la Banda Oriental y porteños los demás, los violines, los bandoneones y el pianista, el doctor Castillo afirmó que aquella orquesta simbolizaba la fraternidad ejemplar de dos pueblos hermanos, uruguayos y argentinos, unidos, no separados, por el Río de la Plata, cuyas aguas bordeaban una ciudad que cuando no se llamaba Montevideo se llamaba Buenos Aires.

Después de la presentación en el Central partimos a Maroñas, donde Alberto Castillo debió cantar en una cancha de baloncesto. Allí declaró nuevamente que cumplía con gusto, como en los años anteriores y esperaba cumplir en los venideros, ese grato compromiso de venir a pasar el carnaval con sus hermanos orientales... Y cantó casi los mismos tangos, milongas y candombes, acompañado por la orquesta, los tamborileros y el pianito trasladados en el ómnibus desde la cancha del Central. Pero cuando cantó lo de “cien barrios porteños” nombró también, entre las barriadas metidas en su corazón, a Maroñas (entonces Ricardo me contó que una vez andaba recorriendo el norte de Chile cuando supo en Iquique por la prensa que aquella tarde se detendría por unos minutos en esa ciudad el avión en el que viajaba Castillo a Lima, y se reunieron en el aeropuerto cerca de cien fanáticos, a los que saludó Castillo desde la escalerilla del avión, y les cantó lo de “cien barrios porteños” nombrando entre las barriadas metidas en su corazón a Iquique). Luego, al anunciar su versión de “Al compás de un

tango” (“al compás de un tango la vas a olvidar, con una pebeta que sepa bailar, una piba buena que al mirar tus ojos comprenda la pena de tu corazón...”), hizo las delicias de Ricardo al proclamar que, “parafraseando al gran conde ruso, al autor de *La guerra y la paz*, canta bien a tu pueblo y serás universal”: Ricardo, entusiasmado, lo mencionaría, sin duda, en su crónica para *El País*. Y cuando el doctor estaba cantando ese candombe candombero que habla de los golpes de los cuernos que convidan a candombear, pa que muevan la cintura las morenitas del verde mirar y las rubitas del dulce mirar, subió sorpresivamente al tablado, fuera de programa, una rubia despampanante (pero mejor mirada era más madura y menos esbelta que a primera vista).

–Che, subió la rubia Mireya– sonrió Ricardo.

–Esa rubia –dijo el morocho y realista Yamandú Cabrera– es tan rubia como yo.

La mujer de la rubiedad puesta en duda se puso a bailar contoneándose delante del doctor Castillo como si los tamborileros estuvieran tocando en especial para ella, y convidándolo, con ademanes atrayentes y provocativos, a bailar también. El doctor siguió cantando su candombe sin dejarse arrastrar por aquella espontánea, conservando su compostura mientras la rubia trataba de que la perdiera moviéndole sugestivamente las caderas. De todos modos, aunque no bailó con ella, el doctor le hizo el juego, dedicándole algunos gestos de complicidad, seriecito eso sí, sin comprometerse demasiado, pero sin desairarla tampoco, y, concluido el candombe, los fuelles y los violines volvieron por sus fueros desplazando a los tamboriles y el doctor prosiguió su actuación con ese tango que narra la sentimentalísima historia de Cucusita, y la rubia con ganas de candombear no reapareció.

Después volvimos al ómnibus. Tomamos por la ruta 5, hacia Pando. Esta vez Ricardo maniobró presurosa pero disimuladamente para sentarse junto a Castillo, adelantándose a cualquier otro que pretendiera ese honor, y se fue conversando con él. Esa conversación se reflejaría también en su crónica para *El País*. Yo me senté junto a Britos. Britos, hinchado furibundo del Globito –lo sigue contra viento y marea–, se quejó de la catastrófica caída de Huracán ante Palmeiras, en el torneo veraniego de Mar del Plata, que había visto antes de venir a Montevideo; yo le conté cómo había presenciado la noche anterior el carnaval de los negros en el conventillo Medio Mundo, asomándome sobre una baranda de un corredor del tercer piso convertido en palco y repleto de gente, y luego el desfile por las largas avenidas

montevideanas de las murgas y las comparsas, y le describí los disfrazados, las mascaradas presididas por el Rey Momo y por la Reina y su séquito de princesas: los viejos tembleques de barbas de algodón apoyados en bastones de cañas tacuaras, doblados por los años, y las negras obesas con sus turbantes y sus plumeros en la cabeza, moviendo sus abanicos y abriendo sus minúsculos quitasoles bajo la luna y la lluvia de serpentina y papel picado entre los globos elevándose, y los negritos de colero, y las vedetes mulatas, mostrando su semidesnuda belleza de diosas oscuras, y los ancianos yuyeros, los brujos curanderos de la tribu, de galera y paraguas, portando la valijita donde llevan sus yerbas y sus polvos y sus pomadas milagrosas, y los murgueros ocultando el rostro tras el abigarrado cartón de sus máscaras del Senegal o de Angola, golpeando acompasadamente sus abombados tambores de ondulante colorido, provocando el baile con su música pegajosa y movediza –los golpes en las lonjas parecían los latidos del corazón de la ciudad–, y los gigantes cabezudos bamboleando sus cabezotas, y los escoberos equilibrando sus escobas con la punta de un dedo, haciéndolas brincar desde los pies hasta los hombros, pasándolas de una mano a la otra, y por detrás del cuerpo, y saltándolas, todo ese malabarismo sin perder el compás de los tambores.

Era ya cerca de la medianoche. Fuimos dejando atrás los arrabales de Montevideo. Cada vez había menos luces que señalaran casas y pobladores. Nos detuvimos, por fin, antes de llegar a Pando. Entramos en un lugar que tenía tanto de quinta como de colegio suburbano. Había numerosos banquitos, dispuestos como los pupitres de una sala de clases, o como las bancas de una iglesia frente a sus respectivos reclinatorios, mirando hacia donde, adelante, unos hombres colocaban el piano en un patio, cerca de un micrófono y de una noria. Sobre cada pupitre se podía ver una botella con un vaso; en cada banco estaba sentada escolarmente una persona. Todos muy quietos, en silencio, como alumnos prevenidos esperando al profesor. Pero todos eran adultos y ninguno tenía mucho aspecto de colegial. Eran paisanos que posiblemente sabían más de vidalitas y guitarras que de tangos y bandoneones. Alberto Castillo, antes de avanzar entre ambas filas de bancos hacia donde lo aguardaba el micrófono, y donde se iban ubicando ya los hombres de la orquesta, se detuvo ante nosotros, y Ricardo aprovechó la ocasión para presentarme:

–Permítame presentarle a mi primo, doctor; estudia medicina en Córdoba.

–Qué, tal, colega –me saludó Castillo como bajando del Olimpo–. ¿Anda de visita por estos pagos?

–Está pasando sus vacaciones en Montevideo –se me adelantó Ricardo, como si temiera que yo precipitadamente dijera que había venido a pasar con él esos días mientras la tía Griselda se moría, situación que Ricardo, naturalmente, no quería mencionarle a Castillo; naturalmente no quería que Castillo supiera que su madre agonizaba mientras él compartía con el cantante y sus músicos una noche de carnaval, aunque fuera para cumplir profesionalmente su compromiso de redactar una crónica para *El País*. Pero sí le había contado alguna vez Ricardo que su madre, bajo el nombre artístico de Violeta Duval, había gozado de cierta fama en la década del veinte, cantando música ligera (era muy celebrada su versión de “La paloma”), como lo testimoniaba la fotografía colocada en una consola en la sala del piano, en la casa de Acevedo Díaz: una mujer delgada, el cabello artificialmente ondulado, cuya carencia de belleza la suplía su juventud (había sido juvenilmente deseable, como a su vez lo atestiguaba Ricardo), frente al micrófono en el cual se podía ver el nombre de la radio Belgrano, de Buenos Aires... ahora convertida en una faz cadavérica, delirando en su agonía, desfigurada por el dolor, la fiebre y las drogas, y cuya voz, que había cantado “La paloma”, que me había contado cómo había sido el apoteósico funeral de Carlos Gardel, presenciado por ella desde un balcón en su Buenos Aires querido, me había suplicado dos días atrás: “echa ese tigre que tenés a tu lado, sácalo de aquí, Dios mío”.

Pero el carnaval del mundo debía seguir.

En ese lugar de la ruta 5 Alberto Castillo cantó menos piezas, y pocos tangos, prefiriendo varios valsecitos que sacó del fondo de su repertorio; no habló tanto del alma popular que se reflejaba en el carnaval y no mencionó que todos los años él venía para compartir esa fiesta con sus hermanos uruguayos. No citó tampoco a ningún conde ruso, y ninguna rubia, teñida o no, lo enfrentó para menearle las caderas al son de un candombe. Por lo demás, no había ninguna rubia, verdadera o teñida, en ese lugar, aunque sí varias auténticas morochas, las más jóvenes acriolladas más aún por sus trenzas. Todos escucharon atentamente cantar al doctor, con evidente respeto, en religioso silencio, como si estuvieran en misa o como si asistieran a una clase.

A las dos de la mañana regresamos al centro de Montevideo. La gira finalizaba en la sede del Sudamérica. Sobre una de las pistas de baile, desde

una especie de palco, en el segundo piso, Alberto Castillo se asomaba, tras el micrófono. Detrás, casi ocultos a las miradas del público, se ubicaron los hombres de la orquesta; los tamborileros habían sido despachados ya, no habría más candombes. Nosotros estábamos más atrás aún, en un lugar a oscuras, donde había tirados rollos de alambres, cordeles, cajas con botellas vacías y sillas desvencijadas y cojas. Tomamos asiento en unos cajones. Teníamos delante las espaldas y las cabezas de los músicos y, más adelante, la espalda y la cabeza de Alberto Castillo. Poniéndome de pie, me asomé para mirar cómo andaban las cosas abajo: las parejas habían dejado de bailar y volvían a sus mesas, que rodeaban la pista, y se iban sentando a beber de sus vasos y a charlar y fumar mientras el doctor les cantaba confesándoles el peor pecado que puede cometer un varón rioplatense: que le había quitado el pan a la vieja chiflao por una belleza convertida diez años después en una flaca con dos cuartas de cogote y con una percha en el escote, bajo la nuez, y evocando en seguida que no habrá ninguna igual, ninguna con su piel y con su voz, la piel, magnolia que mojó la luna, la voz, murmullo que... Pero pocas parejas bailaron, y no muchas escuchaban; parecían más atentas a sus propias conversaciones. Quizás por ser ya tan tarde, sin duda los músicos estaban fatigados, dale que dale toda la noche a los fuelles o rascando los violines, y se desconcentraron varias veces. Alberto Castillo cantaba dirigiéndose presumiblemente con un gesto simpático al público:

—Che madam, que parlás en francés / y tirás el dinero a dos manos; / que brindás con champán bien frapé...

Pero en las pausas, entre tango y tango, se volvía: nosotros podíamos ver entonces, en vez de su nuca, no el gesto encantador dirigido al público, sino su rostro crispado por una mueca de disgusto; frunciendo el ceño, les decía, furioso, a los muchachos de la orquesta:

—¡Están desafinando, carajo! ¡Che, no se queden dormidos! ¡Los hijos de la gran puta! Vamos, vamos, despierten, ya falta poco y pronto terminamos con estos bacanes.

Y se volvía para seguir cantándole al público con una cordial melancolía:

—Fume, compadre, / fume y charlemos, / y mientras fuma recordaremos / que como el humo del cigarrillo / ya se nos va la juventud...

Luego de su primera salida en el Sudamérica debería presentarse otra vez tras veinticinco minutos de descanso. Nos quedamos entre los bastidores, por así decirlo, en aquel oscuro recinto, mientras abajo proseguía la fiesta; la mayoría de las parejas habían vuelto a bailar, sambas brasileñas primero

y música norteamericana después, trasmitidas desde un gramófono a través de un altoparlante. No hacía mucho calor; sin embargo, Alberto Castillo estaba traspirando. Se pasaba un pañuelo por la frente. Llevaba un traje claro que daba la sensación de arrugarse y mancharse con facilidad. Iba sin corbata, con el cuello de la camisa sobrepuesto en el cuello de la chaqueta. Comentó, señalando despectivamente hacia donde, abajo, en la pista, bailaban al compás de la suave voz de Sinatra:

–Eso les gusta, eso es lo que quieren. Afeminada música yanqui, en vez de algún tango porteño y varón...

(Creí que más tarde les cantarí “qué saben los pitucos que así se baila un tango”, pero no lo hizo).

En seguida dijo:

–Yo he cantado en muchos lugares del mundo, llevando a todas partes el tango. Y siempre me atendieron bien. Pero aquí, la puta que los parió, no son capaces de ofrecerme un vaso de agua, siquiera.

Ricardo se hizo cargo de la situación, quizás sintiéndose tocado en su condición de uruguayo. Desapareció por un momento. Lo escuchamos hablar con alguien al otro lado de la pared, reclamar, perentoriamente, como sabe hacerlo Ricardo; luego reapareció.

–Ya lo atienden, ya le traen un refresco, doctor –anunció.

Sin embargo al doctor no lo atendieron muy bien, a pesar de Ricardo y de haber llevado el tango a tantas partes del mundo. Poco después un desganado garzón llegó con una botella de Coca-Cola. La trajo en una bandeja, pero sin vaso. La bebida no estaba helada, sino más bien tibia, nos comunicó Castillo con helado disgusto. Cuando dijo esto, yo no quise mirar a Ricardo. Castillo bebió resignadamente de la botella de Coca-Cola. Con Britos y Ricardo conversaron de tangos. Del dueto del Morocho del Abasto con el oriental cuando Gardel era un joven gordito y malevo. Del origen de la Cumparsita, compuesta por Matos Rodríguez una noche montevideana como aquélla. Que si el Mudo habría nacido en Tacuarembó, como sostenían algunos, y si el piloto había perdido el control del avión en Medellín porque se habría producido en esos momentos una disputa entre los pasajeros que había terminado a balazos. Hablaban con gravedad, como si estuvieran discutiendo sobre Dios y la creación del Universo. Mencionaron a Charlo, Julio Sosa, Hugo del Carril y Rivero; a todos Britos y Ricardo les encontraban defectos. De pronto Castillo dijo:

–El año pasado lo entrevistaron a Troilo en *La Nación*. –Lo miró, como

poniéndolo de testigo, a Britos, quien asintió con un movimiento de cabeza. —¿Y saben lo que declaró Troilo? Dijo: “Después de Gardel, el mejor de todos es Alberto Castillo”.

Se quedó pensativo, como preguntándose algo, y luego bebió, con un gesto de amargura, un sorbo de aquella Coca-Cola medio tibia que le habían mandado quienes desconocían su condición de sucesor del Zorzal Criollo.

Bajé para echar un vistazo por las pistas. Cuántas mujeres hermosas había, bacanas elegantes, con sus largos vestidos de baile, los hombros y los brazos desnudos, los escotes atrevidos; cuántos trajes reveladoramente apegados a los cuerpos esbeltos y sensuales permitiendo apreciar bustos y talles y caderas, dejando entrever su divina desnudez. Cuántas mujeres deseables. Me sentí provocativamente mirado por algunas, como si pensarán recuperar casi de madrugada la noche perdida que tal vez habían tenido que pasar con los padres o con el marido aburrido y rutinario... Cómo me habría gustado en esos momentos andar solo, quedarme merodeando por allí, sacar a bailar a una de aquellas minas quizás no tan fieles pero sí de gran corazón, y probar suerte, ver qué pasaba... Pero... Volví sumisamente, a regañadientes, como quien vuelve al redil, arriba, para presenciar desde atrás, en la oscuridad y el anonimato, la segunda presentación de Alberto Castillo en el Sudamérica.

Bajo la claridad gris del amanecer volvimos a casa. Respiramos de nuevo la fragancia de los jazmines, menor a esa hora, como si también se hubieran cansado. Ricardo estaba tratando de abrir sin hacer mucho ruido —“vengo muerto de sueño, che, pero ¿vos no te comerías un churrasco acompañado por una cerveza?”— cuando la puerta de calle se abrió, desde adentro, y vimos aparecer la figura trasnochada de la melindrosa y madura enfermera nocturna, más madura y nada melindrosa en ese momento, los ojos fatigados y tristes y terriblemente acusadores. Y antes de que aquella mujer nos dijera lo que nos tenía que decir supimos lo que había sucedido y por lo cual siempre recordaremos esa noche de carnaval con amargura y con un doloroso remordimiento.